

# BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

---

AÑO V.—TOMO V.—SEPTIEMBRE DE 1921.—CUADERNO XIX

---

## LA HISPALICA

POR

# LUIS DE BELMONTE

*(Conclusión)*

Poema inédito del siglo XVII

PUBLICALO D. SANTIAGO MONTOTO

---

con sangre inglesa que suceda espero  
por Juan de Mena celebrado al mundo.  
Su hijo Enrique no verá heredero,  
si bien a España con valor profundo  
gobernará Isabel, su cara hermana,  
de quién y de Fernando espero a Juana.

El flamenco Felipo será esposo  
de doña Juana, término sucinto,  
de quien saldrá aquel rayo victorioso,  
el coronado Marte Carlos quinto:  
Sucede luego aquel varón dichoso  
en cuyas breas la prudencia pinto,  
padre del felicísimo heredero  
también Felipo, que será el tercero.

Por este joven la sagrada oliva  
la paz universal concede a España,  
cuya dichosa edad la frente altiva  
a la reliquia domará africana,

a par del tiempo su memoria escribá  
la fama ilustre, la esperanza vana  
de volver a cobrar, el rico imperio  
el moro perderá y el suelo esperio.

Por el delito del rebelde moro,  
quieto en la paz con hábito cristiano,  
seré yo el eco de su tierno lloro,  
y puente de la tierra al Oceano  
aquí donde los indios plata y oro,  
prometen al monarca soberano,  
verá el de San Germán que el Betis corre  
hasta que al moro sus memoria borre.

Dijo: y el claro estruendo en las movidas  
ondas sonó y alzando un blanco muro  
del tupido cristal las escondidas  
grutas se vieron de alabastro puro  
en fulgentes columnas sostenidas;  
cuadras del inmortal claustro seguro  
mostraban su nevosa pesadumbre  
cobrando fama y espirando lumbre.

En ricos lienzos que bordando visten  
hilos delgados de matices bellos  
donde las hehas del metal revisten  
color que trajo Dafne en los cabellos,  
los altos hechos y el valor asisten.  
futuros de Fernando porque en ellos  
los ojos que engañaron las figuras  
gocen las glorías que le dan seguras.

De pardas peñas fabricadas torres,  
muros y almenas en el lienzo hermoso,  
Fernando mira, a cuyas plantas corres  
Betis, al parecer mudo y lloroso;  
parece que turbado te socorres  
del santo capitán y al trabajado  
cerco le anima y él discurre ufano  
mirando el muro defendido en vano.

Moriscas huestes en las cuadras mira  
y en distinto lugar rojas batallas,  
donde al vencido bárbaro retira  
al abrigo mejor de sus murallas;  
así mismo se ve que al moro admira  
mezclado entre sangrientas rotas mallas

arrojando a los árabes caudillos  
cadena en miedo y en asombro grillos.

Luego se vían que acercando al muro  
máquinas de abatir sobre las ruedas  
las abrasaban con un fuego oscuro  
porque preciarte de su triunfo puedas.  
Al fiero Abenjazón rebeldé y duro  
miras, Fernando, cuyos pasos vedas.  
por mano de Pelayo tu maestre,  
aunque en mis ondas su defensa muestre.

Mira el castillo que defiende, armado  
de más defensas que la guerra cría,  
la parte de Triana coronado,  
de la mejor de Arabia infantería;  
mira tus capitanes que el osado  
pecho le ponen cuando nace el día,  
y el sol nuestro horizonte oscureciendo  
los vé la empresa hasta morir siguiendo

Mira los hechos que, por ser ya tantos  
cifran las ninfas en tu clara historia  
lanzas arrojan y derriban cantos  
vendiendo por las vidas la victoria.  
A Isidro mira ya Leandro santos  
y al godo rey que la caduca gloria  
mártir desprecia y a Rufina y Justa  
que al Cielo dicen que, tu empresa es justa.

Mira por Bonifaz rompido el puente,  
último asilo y esperanza sola  
del moro pertinaz que muro y gente,  
vencido humilla y tu pendón tremola.  
Mira en el día que le dió a Clemente  
número y fiesta el que la fé acrisola,  
como te dan las llaves paso y puertas  
a solo tu valor, Fernando, abiertas.

Mira por las almenas y los muros  
ya desarmados los soberbios moros  
como se mezclan en la plebe oscuros  
llorando a tropas y gimiendo a coros.  
Mira del alma sentimientos puros  
de las mujeres cuyos tiernos lloros  
tan vivos pintan las colores bellas,  
que me enternezco cuando salgo a vellas.

En otra parte se contempla el Santo  
postrado en tierra ante la puerta grave  
que a Dios le ofrece entre piadoso llanto  
de la ciudad vencida cetro y llave;  
un rojo palio se descubre en tanto  
que dar los premios a los suyos sabe,  
las manos que reparte las victorias  
que solo son de Dios triunfos y glorias.

La española bizarra infantería,  
volando al aire de contento flechas,  
iba delante celebrando el día  
que ya el trabajo no repite endechas,  
luego las trompas que tocar fingía,  
mano sutil, para los ojos hechas  
con el bello matiz de los colores,  
llamaban los soldados vencedores.

En su lugar y puesto coronados  
de ricas plumas de los vientos alas,  
los caballeros de Fernando honrados,  
ceñalan cifras y publican galas.  
Los caballos, ¡oh Betis!, que en tus prados  
a los del sol en la hermosura iguales,  
mostraron bien en el dichoso día  
que el rey su paso para entrar seguía.

Triunfales arcos desde el campo al muro  
con las victorias de Fernando a trechos  
miraba el mismo y el vencer futuro  
por los moriscos ya vencidos hechos.  
Su miserable rey con velo oscuro  
cubierto el rostro humilde en los estrechos  
apretados infantes se aparece  
postrado en tierra la corona ofrece.

Luego, bañado en púrpura se vía  
el gran Fernando que sereno y grave  
al moro entre sus brazos recibía  
que dar heridas y consuelos sabe.  
En una hermosa remendada pía,  
que alegre apenas por las puertas cabe,  
en palio de oro y carmesí brocado  
entraba rey, aunque galán soldado.

Esto miraba y el dichoso río  
colmándole de alegres esperanzas,

serás el dueño venturoso mío,  
dice, bien presto, sin temer mudanzas.  
Luego cerrando el agua el claustro frío,  
las puras de cristal bellas estanzas,  
ocuparon las ninfas y seguros  
se vuelven a igualar los vitreos muros.

Ya Pirois y Flegón vertiendo espumas,  
cándido honor entre los riscos bellos,  
que muestra el rico oráculo de Cumas,  
iban mordiendo al alba los cabellos;  
cuando el goda monarca entre las sumas  
de capitanes porque libra en ellos  
su gloria, escoge diez que en trance duro,  
reconocieron la flaqueza al muro.

Quiere siguiendo el orden del anciano  
Betis tentar en máquinas primero  
la áspera empresa y oprimiendo el llano  
dió vuelta al muro el escuadrón guerrero.  
Bermudo, que el dolor sufre inhumano  
de su robada prenda, bravo y fiero,  
iba delante de la escuadra amiga  
buscando alguno que sus nuevas diga.

Cuando en la parte que le abrió la puerta  
al segundo Filipo el pueblo hermoso,  
tropas moriscas a campaña abierta  
miró gallardo y esperó animoso;  
y cual si Marte en la batalla incierta  
le prometiera lauro vitorioso,  
sin esperar sus bravos españoles  
arremetió el caballo y saludoles.

Venía arrogante en un bizarro hovero  
con paramentos negros, plumas, tocas,  
Orfindo en las batallas el primero  
mas no logró sus esperanzas locas;  
y si es dalle salud romperle fiero  
como los rayos las soberbias rocas  
el ante y aún después el pecho frío,  
dígallo el campo que humedece el río.

Moreto que escapó de la batalla  
midiendo al ristre el bien herrado abeto,  
quiere la muerte que lloró vengalla  
sin con la suya la vengó Moreto.

Bañó de polvo la sangrienta malla  
el fiero Escauro a quien perdió el respecto  
el hierro atravesado en las entrañas.  
Así, Fortuna, la esperanza engañas.

Rompió Bermudo el fresno y cual divide  
rubias espigas con la diestra mano  
el segador caliente, siega y mide  
cuerpos al campo que le mira ufano;  
el bárbaro escuadrón cargando pide  
su muerte a voces pero, llega en vano,  
porque divisa cuando más se atreve  
ya de la fama los mejores mueve

Turbose el batallón, si bien tenfa  
la flor de los caudillos agarenos,  
que el número de ciento fenecía  
de hazañas ricos y dé empresas llenos.  
Mas como suele desgraciado un día  
cuando se teme la esperanza menos  
desvanecer los triunfos y victorias  
cobrando penas y perdiendo glorias;

Así entre las cuchillas más temidas  
que vió la fama que los mueve abona  
por más antiguos ofreciendo vidas  
el escuadrón morisco se abandona.  
Más puertas vió la muerte en más heridas  
que vió el mañebo que parió Latona  
en los elmatios de tragedias llenos  
porque hubo golpes más si espadas menos.

Entró el claro Guzmán, no de otra suerte  
por verle arremeter suspenso el río,  
que por el pardo suelo arroja y muerte  
las secas hojas el dorado estfo.  
Aquel Ribera que del tiempo y muerte  
libra su muerte aunque en el verso mío,  
tampoco tenga porque valgo poco,  
templo al morisco el ardimento loco.

Pudiera algo esperar el moro ibero  
a dos tan invencibles corazones,  
si no le acometiera bravo y fiero  
el claro honor de Ponces y Leones,  
el fuerte Marmolejo cuyo acero.  
al escudo feroz por timbre pones.

Planeta guerreador, llegó Monsalve,  
 porque la vida por el aire salve.

Tello famoso en cuanto el sol divisa,  
 batiendo los ijares a un tordillo  
 rompe, deshace, desbarata y pisa,  
 este fiero soldado, aquel caudillo.  
 Marte bañado en sangre al campo avisa  
 que nó pudo su cólera sufrillo  
 que el décimo campeón Machuca y Vargas  
 viene a probar el ante a las adargas.

Perdió un estribo y se quedó a buscallo,  
 clara disculpa de quedar postrero,  
 aunque bastantemente su caballo  
 perdió la envidia de llegar primero;  
 de suerte aprensa en el herrado callo  
 al moro que derriba el blanco acero,  
 si bien lo descoyunta la caída  
 que se le vá por piés la inútil vida.

Bufen Tidoro, Ulido, Arrio, Bárzano,  
 solo a vengarse de la injuria atentos,  
 hirieren opuestos a Bermudo en vano,  
 como a roca inmortal los cuatro vientos;  
 dieron al aire que murmura ufano,  
 más plumas que atrevidos pensamientos  
 porque Bermudo, así los desfigura,  
 que deso el aire que los ve murmura.

Posible es que diez hombres puedan tanto  
 si acudo a alguno que contarle pueda;  
 Fidauro, dice, si los mueve encanto  
 aunque su ley la mágica les veda;  
 a cien varones sobran, causa espanto,  
 que el clavo afirman a la fácil rueda,  
 nos los quiere Mahoma sarracenos,  
 quiera García Pérez por lo menos

Porque cerrando al orador confuso,  
 le hizo que abreviase en la plegaria  
 con solo un golpe de bastón que puso  
 sobre el bonete en parte necesaria.  
 Viéndose enfermo, a los demás dispuso,  
 aunque por ser la manda voluntaria  
 no tuvo efectos, que buscasen modos  
 como su muerte se vengase en todos.

Probaron a cumplir el testamento,  
del que dieron sepulcro aguas leteas,  
cuando ya Garci Pérez bebe el viento  
por solo acomodar los albaceas;  
al numeroso polvo más sediento  
de sangre que las ondas eriteas,  
de egipcios cuerpos bárbaro teatro.  
fué derribando moros cuatro a cuatro.

Viendo la muerte y muro a un tiempo escogen  
salvar la vida aunque el honor se infame,  
las alas viles al temor descogen  
por más que a voces el valor los llame;  
alargan riendas cuando el cuerpo encogen  
a sombras de la adarga en fuga infame,  
imaginando el muro muchas leguas,  
baten ijares y rebientan yeguas.

Siguiólos nuestra gente vencedora,  
como a las liebres por el valle y cerros  
los perros alentados, aunque agora,  
fueron ellos las liebres y los perros:  
Bermudo solo que suspenso llora  
no haber perdido entre moriscos hierros  
la vida que guardó su dueño ausente,  
mira el estrago de la playa enfrente,

Procura ver si alguno entre los muertos  
aun no ha vertido el alma en las heridas,  
para saber entre peligros ciertos  
si son ya sus desdichas conocidas.  
Ni halla abrigos ni descubres puertos,  
sus esperanzas en el mar perdidas  
de un temeroso ardor, que amando un bruto  
ni aguarda tiempo ni zazona el fruto.

¿A dónde estás divina ausente mfa  
si te ha gozado el mostro que te lleva?  
Será testigo la corriente rfa  
de tu desdicha, como grande nueva.  
¡Oh dueño de la eterna monarquía,  
su llanto escucha, mi dolor te mueva  
guarda su limpio honor, guarda su vida,  
que ya no tiene a quien remedio pida!

Dijo: y saliendo a la peinada arena  
a quien regala blandamente el río,



cubierto de colores de su pena,  
 miró sobre un pavés un cuerpo frío,  
 aquella luz que respetó serena  
 el sol, aquel sujeto ilustre mío  
 ya que darme aliento para versos pudo,  
 huérfano de la vida halló Bermudo.

¡Oh bellas plumas de la sabia España,  
 contra la envidia y tiempo florecientes,  
 que mi vana presunción me engaña  
 teniendo escritos que temer presentes;  
 ya que fingiendo que Elicón me baña  
 he cantado varones excelentes,  
 no permitais a mi atrevido intento  
 que ofenda de Bermudo el sentimiento!

Fuerzas le faltan al ingenio humano,  
 si ya no juzgo lo que puede el mío,  
 el sensible dolor del inhumano  
 estrecho lazo entre las llamas frío.  
 Las duras quejas de la muerte en vano  
 el rendirse al temor el albedrío,  
 el apretar el alma en ansias mudas  
 vestirse penas de piedad desnudas.

¿Quién lo podrá cantar si Melpomene,  
 trágica musa, no le presta aliento  
 y de su frente en el licor perene  
 no baña el labio con humilde intento?  
 A vos os toca, aunque la envidia pene,  
 cisnes del Betis, cuyo blando acento  
 teme el rector del bárbaro Leteo,  
 sospechando otra vez que baja Orfeo.

Mas ya que me dejais que el infinito  
 dolor de un alma lo célebre en tanto,  
 deme elegía Nasón, ciprés Berito,  
 Antropofagia luto, Apinas llanto,  
 que si me presta mientras yo la imito  
 la lira Melpomene, Arguijo el canto,  
 los peñascos de Rodope me obligo  
 que floren de piedad también conmigo.

Sobre el difunto cuerpo se derriba  
 el que entendió el amor más altamente,  
 que al mismo peso los sentidos priva  
 de la imágen que ve la mustia frente.

¡Oh priesas de la muerte ejecutiva!  
 gozad de la ocasión que veis presente  
 y dareis a entender que solo un tiro  
 heló dos cuerpos que abrazados miro.

Volvió alegre Bermudo imaginando,  
 que desatada el alma de los duros  
 lazos la imágen que perdió adorando,  
 gozaba siglos de temor seguros.  
 Mas cuando mira que se engaña y cuando  
 solo de noche eterna ve los puros  
 rayos cubiertos y que viendo vive  
 la muerte en sentimientos apercibe.

Dulce adorada prenda a quien solfa  
 la blanda rosa y el jazmín suave,  
 robar al bello aparecer del día,  
 puro, honesto candor, púrpura grave;  
 a quién imitarán que el sol no cría  
 en agua, en flor, en piedra en ave,  
 coral, perla, color, belleza y pluma  
 que no sean a tu sombrá vanas plumas.

Mas ya espiró la luz, Fabonio pobre  
 mendigo de ámbar mudará el asiento,  
 aunque del indio mar ámbar le sobre,  
 porque le falta tu divino aliento.  
 La vana discreción soberbia cobre,  
 pues espiró en tu claro entendimiento.  
 ¿Quién reprimiera su agudeza libre  
 si hay quien de vaña presunción se libre?

Culpa pondrás de ingrata y de cobarde  
 al alma que te di pues quiere agora  
 seguir tus pasos, tan sin fruto y tarde,  
 viendo ella misma el tránsito y la hora,  
 dura reprehensión es bien que aguarde,  
 la que sin tiempo suspirando llora,  
 podrásle preguntar mi bien, qué hacía,  
 si la muerte la halló en tu compañía.

Prueba bastante fué que no te amaba  
 estar contigo y por abierta y fiera  
 llaga salir al sol que te esperaba,  
 y no abrazarte en el umbral siquiera  
 las veces que gallarda blazonaba;  
 que era la tuya su adorada esfera

cuando te vió medir los no medidos  
cielos, como buscó miedos fingidos.

Tú sola hasta la muerte me quisiste,  
si el amor de mujer sufre experiencia,  
un ejemplo inmortal de amor me diste,  
ni a ley medido, ni sugeto a ciencia.

Sobre los cielos tu lugar pusiste,  
respetarán sus luces la excelencia  
ya de tu amor, si fueron sus estrellas  
amantes almas que transforma en ellas.

Bajo es Amor y Júpiter lo diga,  
que espeña el premio de gozar lo amado,  
si con solo esté fin su prenda coliga  
en el deleite que buscó cifrado.

¡Oh generoso ardor, si no hay quien siga  
con limpia fe tu curso reservado  
del alma al casto sentimiento solo,  
ni espere Daphne, ni la alcance Apoio.

Si ha de fundarse en-práctica de manos,  
mecánico es Amor pues en que funda  
la que vencida de intereses vanos  
pierde la fuerza que en su mal redunda,  
la pura honestidad huye villanos.  
torpes deseos, solo a la coyunda  
de matrimonio licito se ofrece,  
la que laureles del amor merece.

Este bien me faltó, no llegó el día  
que yo gozara tus felices bodas  
mas como vió el amor tanta osadía  
trujo a tu muerte mis desdichas todas.  
¡Cuán presto cortas la esperanza mía!  
¡Cuán presto tus venganzas acomodas  
muerte feroz, que como buscas famas  
quieres al mismo amor vencer la llama!

Así dijo: y bañó con llanto tierno  
entre suspiros que escuchaba el río,  
el vulto hermoso que a mejor gobierno  
no pudo reducirlo su albedrío,  
cuando del modo que en el cano invierno  
solicitan el sol templando el frío  
los alegres pastores por el valle,  
llegaba su escuadrón al mismo talle.

Vieron la tumba y a Bermudo en ella  
que reprimiendo de vergüenza el llanto,  
contó la historia de Celaura bella,  
si bien la suspendió al último canto.  
Garcí Pérez entonces queatropella  
un moro capitán, que espera en tanto  
oculto entre las yervas el suceso  
al trágico de Ardán cerró el proceso.

Alzan en hombros la difunta dama  
y al vencedor ejército caminan,  
donde faltando de las obras fama  
palabras de Bermudo se examinan,  
que a Dios conoce y que a la Virgen llama  
Celaura y que sus bodas determinan,  
después de su bautismo y que declara  
esta verdad por manifiesta y clara.

Dieron piadoso crédito y Fernando  
lastimado promete que en Sevilla  
el bello cuerpo en un sepulcro honrando  
será de los alarbes maravilla.

Fueron luego las máquinas llegando  
a donde más su fuerza el muro humilla  
que por diversas veces rebatidas  
costaron de ambas partes muchas vidas

Precedieron así pero venciendo  
siempre los nuestros en el campo armados,  
honra y banderas sin valor perdiendo  
sus moros capitanes destrozados.

Mas como iba su número creciendo  
en armas en sustento y en soldados,  
siendo la puente sola el solo abrigo  
ofensa nuestra y paso al enemigo;

Determinó probar de la fortuna  
el último poder, señala el día  
Fernando, que le aflige la importuna  
dañosa dilación en su porfía;  
ya Bonifaz de la creciente luna  
bizarro espera el curso y de la fría  
cueva del Austro el soplo así valiente,  
que él piensa en agua y viento abrir el puente.

No ha mostrado jamás, la Persia y Tiro  
más galas que el ejército cristiano.

previene vencedor que en vano aspiro  
a su pintura con mi tosca mano;  
mas entretanto que en adorno admiro,  
si bien cubierto de silencio vano,  
salga la bella rozagante Aurora,  
que importa a Bonifaz que salga agora.

No como suele desterrando sueños  
del marinero y el feroz soldado,  
si bien despierta los alegres dueños  
en la áspera montaña del ganado,  
salga y verá sin sombras de beleños  
uno asido a la iarcia y otro armado,  
y podrá sospechar helada y fría  
que se ha dormido y la despierta el día.

Salió partiendo nubes carmesíes  
con las ruedas de plata en carros de oro,  
tachonadas con clavos de rubies  
propio en el Alba, si imperial decoro.  
No en lirios, azucenas y alelies  
vierte por su mansión el tierno lloro,  
que en dos bajeles abollando el río  
con la fuerza del Austro vió el rocío.

Causóle asombro la mayor empresa  
que vió en su votador discurso eterno,  
y por darle más luz, corriendo apriesa,  
tomó las riendas, mejoró el gobierno.  
La gran ciudad del castellano opresa,  
torres y muros, como al triste invierno  
los pájaros se asoman a los nidos,  
ocupan moros de ténor vencidos.

Miran romper el agua dos bajeles,  
con fuerza superior del viento amigo,  
y juzgando los dones más crueles  
que del fiero Sinón niegan su abrigo.  
«Cuando Fernando con tus naves sueles,  
dice del muro el rey, siendo enemigo  
siempre mortal llegar a mis castillos  
quieres ponerme por el agua grillos.

Lleguen tus naves y verás si en ellas  
llueven mis flechas entre humo y fuego  
que se aparecen en la noche estrellas  
sin negro manto del invierno ciego.»

Al tiempo mismo de las naves bellas,  
 que no hay pintura si a la suya llego  
 la Almiranta salió tendiendo al Austro  
 todas las velas por el niveo claustro.  
 Ordenó Bonifaz al Almirante  
 que aribase primero al puente opuesto.  
 y probase en su máquina arrogante  
 la alta cuchilla y se volviere al puesto.  
 Ya entre mil gallardetes rozagante  
 echa a las galas y al valor el resto  
 con roja pábescada y blancas velas  
 siendo freno el timón, el viento espuela.

No rompe el fiero mar con tanto estruendo  
 peñasco firme que el encuentro espera  
 como la nave al puente, estremeciendo  
 hombre, playa, bajel, agua y madera;  
 quebrantose la nave al puente abriendo  
 con el tajante acero la primera  
 orden de atravesados pinos gruesos  
 y el miedo a todo moro la alma y huesos.

Al estupendo caso, al no entendido  
 extraño pensamiento de Fernando,  
 el moro en el temor desvanecido,  
 anda remedios, si los hay, buscando,  
 Ramón de puesto y gente prevenido,  
 gallardo al riesgo que le espera entrando,  
 alarga escotas y bonetas mete  
 ya reclamar las velas arremete.

Como el caballo en la arenosa tela  
 picando igual el dueño que le rige,  
 bebe los vientos y a los ojos vuela,  
 sobre los mantos del cristal que aflige,  
 todo hijo de Agar se turba y yela,  
 pues cuando piensa que tu ardor corrige  
 católico bagel desde las torres  
 sus tiros burlas y las aguas corres.

No ha visto el Nilo de montaña o sierra  
 en el rigor de la nevosa bruma,  
 mayor pujanza al embeber la tierra  
 que agora el Betis en su frente espuma.  
 La prora herrada que a la puente cierra  
 de la manera que una fácil pluma,

parece sobre el agua que maltrata  
si es ofendella convertilla en plata.

Rayaba el sol las bárbaras arenas  
bañado en oro y coronado a puntas,  
última causa de mayores penas,  
que siendo grandes se arrojaron juntas,  
miraban tremolando en las entenas  
con tristes almas al valor difuntas  
los soberbios castillos, los leones  
que les daban asombro en los pendones.

Los márgenes del agua coronados,  
en vez de juncias que humedece y cría,  
de alegres capitanes y soldados  
daban espejo al sol y fama al día  
sobre los coseletes rosiados  
de la sangre que el bárbaro vertía,  
con más ventura que en Italia Palas,  
arrojan bandas y descubren galas.

Miran alegres como ultraja el viento  
la vencedora nave coronada  
con más laureles que el romano asiento  
miro en los siglos de la edad pasada,  
cuando en su fuerza, que mayor portento,  
la calma el Austro y de temor bañada  
la cuerda afloja como el curso apoca  
y el lienzo al árbol con desmayos toca.

Al suceso infeliz atento el moro,  
flechas previene y arrojado fuego  
desde la torre con el nombre de Oro  
dando principió al temeroso juego.  
Como le tiran del palenque al toro  
ciego de varas y coraje ciego,  
dañosos tiros que en el cuerpo esconde,  
quiere escaparse sin saber por donde.

Así el bajel en calma solo y preso  
del agua misma que le daba el paso,  
teme el brazo feroz, llora el suceso  
y culpa al viento en su lisonja escaso.  
Estaba de la torre al mismo paso  
sufriendo injurias, detenido el vaso,  
tanto, que el español que se bullía  
espin armado en punta parecía.

Ya las bombas de fuego en jarcia y brea  
daban fuerza mayor a su elemento,  
ya lo que el fiero bárbaro desea  
le suple el fuego encarcelado el viento.  
Ya con las llamas y el furor pelea  
armado Bonifaz de un sufrimiento  
cristiano y firme, aunque a sus ojos mira  
que viene el fuego y que su nombre espira.

Cuando en las playas del caliente río  
que calla y sufre la inclemencia al fuego,  
Fernando, temeroso al cielo pío  
alza los ojos y encamina el ruego.  
Moriscas trompas por el aire frío  
résuenan de las torres burla y juego  
hacen, turbando, mas serán suspiros,  
el aire a voces y la nave a tiros

Quieren en barcas ayudar los nuestros  
a los amigos que en la nave esperan  
las fuertes puntas de los brazos diestros  
y viendo el imposible desesperan.  
Los ágiles del mar, doctos maestros,  
cuando sus daños remediarlos quieran  
no tienen vientos, que sin él son aves  
mas que las piedras si se mojan graves.

Penetró la oración devota y pía  
del Santo Rey cuyas mejillas baña  
en las sentidas lágrimas que envía  
el trono inmenso, que le duele España;  
en la cabeza por diadema el día  
y un manto de jacinto que acompaña  
con la alma luz de los serenos ojos  
del cielo espejos, del infierno enojos.

Llegó la Virgen que al dragón leteo  
quebrantó la cervíz eternamente,  
tan bella y pura que al mayor deseo  
aún le faltara luz para su frente.  
Iba pisando, no el jardín ibleo  
ni el que primero se formó en Oriente,  
que en vez de flores, en su flor más bellas,  
pisa racimos que venció de estrellas.

Iba delante Hermenégildo santo  
como abogado y rey de la famosa



ofendida ciudad y asido al manto  
el docto Isidro que la honró dichosa.  
Leandro a la memoria el mar de llanto  
que por ella pasó en su lastimosa  
persecución refiere a la que gusta  
cumplir su ruego y a Rufina y Justa.

Hicieron plazas los soldados bellos  
y todos en la paga aventajados  
pues por una victoria luce en ellos  
el mayor premio que se dió a soldados.  
Sobre las golas de oro los cabellos,  
que parecieron los del sol hurtados,  
a quien adorna engastadas perlas,  
que imita el alba cuando llega a verlas.

A la alta magestad, al uno y trino  
Señor, al manifiesto a los profetas,  
hasta los tiempos que mostrar convino  
leyes al hijo a la verdad sujetas;  
llegó la guarda en cuyo temple fino,  
perecieron manejos de cometas,  
bajando las cuchillas pero oscuras  
de la alma virgen a las lunas puras.

«Señor,—le dice,—si pedir quisiera  
como a rey liberal, manifestara  
tus altos nombres que tembló la fiera  
sierpe que al centro se derriba y para.  
Solo el de hijo que publique espera  
este humilde escuadrón que de la clara  
luz que repites gozará entre tanto  
que las criaturas te llamaren santo.

Amor, piedad, misericordia pide  
el dulce nombre que de hijo tienes,  
pues lo que nunca el sol ni el tiempo mide  
en mis entrañas a cifrarlo vienes.

Lágrimas tiernas de dolor despide  
tu amigo, tu soldado, el que previenes,  
para que exalte tu perdón sagrado  
más de constante fe que acero armado.

Por el bautismo sacrosanto jura,  
don más precioso que el mayor imperio,  
que hasta dejarte la ciudad segura  
ha de llorar su afrenta y vituperio.

Justicia pidé que librar procura  
de tan infame y torpe cautiverio  
de España toda la ciudad más bella  
que tantos dones recibiste en ella.

Un rey da por fiador y dos prelados,  
martir es él y confesores ellos,  
y si de amores trata regalados,  
también te rogarán ángeles bellos.  
Justa y Rufina que los verdes prados  
de Sevilla con sangre de sus cuellos  
por tí bañaron, por Fernando ruegan  
y como damas que te buscan llegan.

Ha, Señor, no se dilate el día  
que la Mezquita convertida en templo  
goce feliz el nombre de Maria  
en cuya voz su devoción contemplo;  
sagrados himnos mientras dure el día,  
de serafines al divino ejemplo,  
es bien te canten en divinos coros,  
y no blasfemias de engañados moros.

Bajó los ojos y bañando en grana,  
vergüenza virginal, el rostro grave,  
Cristo la magestad mostrando humana  
beso le dió de paz que honrarla sabe.  
Tendrá Fernando la primer mañana  
de la ciudad que aflige imperio y lave  
y mientras el abismo cobre espanto,  
nombre de vencedor, de rey, de Santo.»

Dijo el que obró: y en el instante el río  
présago de su bien mostró la frente  
llamando alegre de su claustro frío,  
el coro hermoso que sus voces siente;  
si no me engaña el pensamiento mío,  
hoy, dice, hemos de ver rompido el puente,  
sentaos conmigo porque el bien que digo,  
será mayor si la gozais conmigo.

Las regias manos sobre el pecho alzadas  
Fernando estaba, que a dolor movía,  
las banderas marchitas y turbadas  
las hazes de la armada/infantería.  
Sólo por las almenas coronados  
de plumas y pendones parecía

de júbilo y placer tirando flechas,  
y el triste Bonifaz llorando endechas.

Soberbio Abenjazón, la opuesta orilla  
con sus escuadras amenaza y huella,  
mirando a su favor libre a Sevilla  
que entre laureles se contempla en ella.  
Ya en mengua de Fernando luce y brilla  
en brazos de la tímida doncella  
acero y fuego, que entre risa y juego,  
hasta mujeres les arrojan fuego.

Cuando con alas de mojadas plumas  
bañadas en el mar del occidente,  
soplando el austro y levantando espumas,  
logró las velas enojado en frente.  
Presto verás si importa que presumas  
bárbaro, en la defensa de tu puente  
si el Austro hiere las templadas velas,  
verás a que favor turbado apelas.

Aun no pudieron caminar los ojos  
tras de la nave que volando tiende  
blancas banderas y pendones rojos  
al puente que soberbio se defiende:  
No arroja por el campo más despojos  
furioso el viento, que la selva ofende,  
como el bajel con el temido acero,  
tronchando pinos y pasando fiero.

El moro desmayó trocose el día  
perdiendo la esperanza en la victoria,  
que como en fuerzas de los hombres fía,  
llevo el viento la usurpada gloria.  
Sacró laureles a Fernando envía,  
acción primera de tan alta historia,  
a cuya magestad las altas puestas  
le ofrece humilde para que entre abiertas.

Lloró Alejandro del difunto griego  
no el brazo, no el valor, no las hazañas,  
que más le alienta el ambicioso fuego  
de las regiones bárbaras y extrañas.  
La pluma envidio cuando a verme llegó  
venciendo, dice, lo que en ondas bañas,  
¡oh Ganges oriental! que ya no espero  
vencerle en fama, si le escribe Homero.

Solo a Fernando envidiarán desnudos  
los hechos claros que temiera Aquiles,  
si no mueven a lástima en los rudos  
lienzos que ofendo con pinceles viles;  
menos perdieran si vivieran mudos  
hasta poder gozar plumas sutiles,  
que pudieran mostrar la heróica suma,  
de sus hazañas que borró mi pluma.

No espero que mi voz eternamente  
deje el olvido ni escucharla quiera,  
aunque al mundo otra vez vuelva la gente,  
que la ignorancia conservó primera,  
esta humilde verdad conoce y siente,  
quien disculparme por amigo espera  
que viéndome ignorante y atrevido,  
profeta vive de mi justo olvido.

FIN